

IDEOLOGÍA E HISTORIA

POR

ESTANISLAO CANTERO

Saber quiénes somos exige tener clara conciencia de dónde venimos, de quiénes han sido nuestros padres y nuestros abuelos, nuestros antepasados próximos y remotos; cuáles han sido sus ideales y esperanzas, sus esfuerzos y debilidades, sus gestas con sus victorias y derrotas, sus éxitos y fracasos y, también, sus aciertos y sus errores. Un pueblo no se define sólo por su presente, ni por sus aspiraciones futuras, sino también, quiérase o no, por su pasado. La herencia recibida, tanto si es aceptada como rechazada, nos marca, desde luego, en relación a quienes nos precedieron, pero, asimismo, respecto a nosotros mismos y a los demás que tienen otra herencia. Y esa necesidad de vinculación se hace más patente, exigente y necesaria en momentos de crisis. Cuando la identidad nacional se resquebraja, se olvida, se desconoce, o se tergiversa, y por tanto, se cuestiona, es preciso remontar el curso de la historia, que nos ayudará a descifrar cómo hemos llegado a ser lo que somos.

Influye en nosotros, no sólo la realidad del pasado, sino también y sobre todo, el conocimiento que tenemos de ese pasado, es decir, la respectiva creencia que poseemos acerca de nuestra historia. Por eso, no es menos importante que el conocimiento correcto de nuestra historia, la difusión que alcanza ese conocimiento (1). ¿Sabemos los españoles lo que somos? ¿Y cómo nos sentimos? ¿No se nos incita a ser —y especialmente a la juventud, sobre todo desde las aulas, pero también en discursos de toda índole—, tan sólo, andaluces, vascos, gallegos, catalanes o, incluso, madrileños? ¿Pero españoles? La conciencia del ser de España entre los españoles ¿no estará en trance de desaparición? Y donde se enseña, ¿qué se dice que es España?

(1) Así lo ha señalado recientemente para Italia, ante la crisis de identidad italiana, Oscar SANGUINETTI, «Los caminos de la identidad italiana y la investigación histórica», *Verbo*, núm. 403-404, marzo-abril 2002, págs. 231-240.

Así, el estudio de la historia y las investigaciones históricas, que con sus resultados, cada vez más aproximativos a la realidad que existió, permiten delimitar de modo cada vez más correcto la verdad histórica —lo que aconteció y sus motivaciones—, también, indirectamente, pueden contribuir a recuperar una memoria histórica perdida y acotar la identidad nacional.

La proximidad de los acontecimientos vividos sujeta, en mayor o menor grado, a sus protagonistas, a justificaciones e intereses; quienes han escrito la historia de los sucesos que han vivido, aunque sin ser sus protagonistas, no son sino sus testigos; y la proximidad de los acontecimientos impide, con frecuencia, situarse por encima de ellos, sobre todo si el acontecimiento histórico aún tiene capacidad de actuación sobre la realidad social: los prejuicios, las fobias o las simpatías son causa de distorsión, incluso inconsciente, de la historia.

Por eso, escribir la historia, además de espíritu crítico y cierta lejanía temporal respecto a los acontecimientos, exige, sobre todo, tanto una disposición de la voluntad para prescindir de todo tipo de apriorismos y partidismos para no introducir esquemas teóricos o conceptos condicionantes dogmáticos, inapropiados para el tema estudiado, como una apertura de la inteligencia para aceptar las verdades que muestran las fuentes, sin ocultaciones o tergiversaciones, sin anacronismos conceptuales o interpretativos que hacen ininteligible la historia; también precisa no considerarla «acabada» o «definida para siempre», sobre todo cuando, desde los mismos acontecimientos, surge algo diferente a la historia «oficial» impuesta o a la «vulgata» recibida, que las cuestionan desde sus fuentes y desde sus comienzos (2).

Así, la labor del historiador es incompatible con la ideología; ésta distorsiona la realidad que contempla para hacerla encajar, bien en su esquema mental, bien en sus bases metodológicas —que de instrumento de investigación para alcanzar la verdad se transmuta en fin que la investigación debe corroborar—, «demostrando», así, su validez, bien en sus propias aspiraciones sociales o políticas actuales para que éstas sean confirmadas por la historia, encontrando en ella «precedentes» o «leyes» que aseguran tal desarrollo. Así, un ejemplo de lo primero lo tendríamos con la lucha de clases como ley de la historia; de lo segundo con el método dialéctico, que de aplicarse en su pureza no demuestra cosa diferente de la aplicación del propio método; y de lo tercero, con el socialismo, el comunismo, el estado democrático de Derecho o la sociedad democrática avanzada, como la única, por

(2) Sobre la historia, su finalidad, sus presupuestos y sus obstáculos, Federico SIÁREZ, *La historia y el método de investigación histórica*, Rialp, Madrid, 2.^a ed., 1987.

más excelsa, sociedad que cabe implantar o como estadio final de la historia (3).

Entiéndase bien, no significa que el historiador carezca de cosmovisión, que no tenga religión o preferencias políticas, etc. Tal pretensión sería absurda e imposible; de lo que se trata es de que admita y esté convencido de la posibilidad de la verdad histórica, lo que no es obstáculo para que en muchas cuestiones —tanto en los hechos como, sobre todo, en sus motivaciones—, tal verdad será aproximativa y perfeccionable, por ser de suyo revisable a la luz del descubrimiento de nuevas fuentes o de nuevos razonamientos. Esa admisión presupone y se fundamenta en una teoría general del conocimiento que admita la verdad y la posibilidad de su hallazgo, siempre conscientes, especialmente respecto a contornos o matices, de su provisionalidad, que no puede confundirse con la relatividad de la verdad descubierta, pues se trata de una cuestión de grado de certeza del conocimiento.

Ideología y verdad, ideología y ciencia —pues la ciencia necesariamente supone la verdad que trata de descubrir—, son, pues, términos contradictorios. En efecto, la ideología presupone una idea o un sistema de ideas que, al menos en su núcleo esencial, no van a resultar alteradas por el conocimiento de la realidad; al mismo tiempo, su finalidad es la justificación de una situación político-social o la transformación de la sociedad; entraña, como consecuencia, la descalificación y el rechazo de las situaciones reales que desaprueba; se basa en un sistema de ideas que carece de correlato real, predominando la idea sobre la realidad que es desplazada por aquélla. Al impedir la conformidad de los conceptos con las cosas, desplaza a la verdad cuyo descubrimiento resulta, por ello, imposible. El sistema y las ideas se superponen a la realidad, distorsionándola o, incluso, eliminándola.

La ideología supone una defectuosa y, por ello, falsa, teoría del conocimiento. En la investigación histórica, si la aproximación a la historia se realiza desde presupuestos ideológicos, la vicia radicalmente; si la ideología aparece con posterioridad a la investigación, ésta resulta modificada en una falsificación clamorosa. Esto afecta incluso a personalidades reputadas sabias en su momento. Un ejemplo típico es el de Michelet (1798-1874). Este genio de la literatura, según ha sido calificado por una vehemente apologética —cuando ya había emprendido su particular

(3) Un ejemplo, entre otros muchos, el de la *Historia subversiva*, propuesto por el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Deusto en 1990, cfr. José Fermín GARRALDA ARIZCUN, «Ciencia histórica: Investigación y didáctica», *Verbo*, núms. 295-296, mayo-junio-julio 1991, págs. 719-777, especialmente 736 y sigs.

«santa cruzada» contra la religión católica y la Iglesia (4) y ya se había erigido en «justiciero de la historia», al preparar una nueva edición de la *Histoire de France au Moyen Âge*, sin rubor alguno, le indicará a su yerno que había que «purgar la obra» de la profunda simpatía hacia la espiritualidad medieval plasmada en la versión primitiva. Alfred Dumesnil toma buena nota del encargo y resume la cuestión: «poner de relieve todo lo que es revolucionario, contra el cristianismo y el principio monárquico» (5).

(4) Un retrato de la probidad intelectual, histórica y moral, de este profesor que había desempeñado la Cátedra de Historia y Moral en el Colegio de Francia, nos la da su correspondencia con Hugo. Con motivo de la publicación de *Los miserables*, y según testimonio de Goncourt, había dicho: «¡Ah! ¡He envejecido! ¡Ha habido dos cosas este año que me han hecho mucho mal! ¡Primero, la muerte de mi hijo; después, la novela de Hugo! ¿Por qué? ¡Muestra un obispo estimable y un convento interesante! Hay que ser como Voltaire: ¡un enemigo de vuestras ideas, de vuestros principios, hay que describirlo siempre como un miserable, como un bribón, como un pederasta!» (En Victor HUGO, *Les misérables*, edición con prólogo y comentarios de Arnaud LASTER, Pocket, París, 1998, vol. III, documento 17.º, pág. 350).

Antes, con motivo de la publicación de *Contemplations*, le había escrito que suprimiera unos versos porque el cristianismo «es el enemigo». En carta del 4 de mayo de 1856, Michelet le dice a Hugo: «Este volumen nos inquieta. Es terrible exhumar de ese modo el pasado. El mundo, querido señor, el mundo que nutris con vuestra obra os pide que penséis en él».

«Creo que os rogaría, también, que le sacrificaseis algunas líneas, los seis versos del crucifijo».

(...) Yo moriré en la fe que imprimí en 1847 en el primer volumen de mi *Révolution*. El cristianismo y la Revolución son como ángulos salientes y entrantes, simétricamente opuestos, si no enemigos. Cuando el cristianismo abandone el estado de vampiro (ni muerto ni vivo), sino como un honrado muerto, apacible y tumbado, como la India, Egipto o Roma, entonces, sólo entonces, defenderemos todo lo que sea defendible».

«Mientras tanto, no. Es el enemigo», cit. por Roland BARTHES (*Michelet*, Éditions du Seuil, 2.º ed., París, 1988 pág. 61, que lo toma de Jean-Marie CARRÉ, *Michelet et son temps*, Perrin, París, 1926, pág. 55).

(5) Paul VIALANEUX, *Michelet, les travaux et les jours (1798-1874)*, Gallimard, París, 1998, págs. 264, 438, 445 y 446.

Un análisis de las modificaciones de las ediciones de 1852 y 1861 verificadas con la original de 1833, respecto a la religión católica y la Iglesia, encarnación de la libertad y auténtica comunión con el pueblo, «eliminando todo aquello que pudiera parecer, por el fervor del tono y de la imaginación, que ponía la Edad Media católica como modelo», y suprimiendo sus primitivos elogios a la teología de la gracia, en Paul BÉNICHOU, *Le temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique* (1977), Gallimard, París, 2001, págs. 519-523 y 531-532, cit. pág. 522. También de la primitiva edición de su *Revolución francesa* «expurgó lo que todavía parecía indulgente con el cristianismo» (pág. 536).

Las modificaciones no estaban motivadas, en modo alguno, por nuevos conocimientos históricos, que, aunque erróneos, las justificarían, sino por su odio a la religión y a la Iglesia y a sus sacerdotes, que constituían un rival poderosísimo a su pretensión de ser el pontífice de una nueva religión —la de la deificación de la humanidad, en la que la fraternidad y la justicia serían sus principios—, que requería la destrucción del cristianismo (cfr. P. BÉNICHOU, op. cit., págs. 532 y sigs.).

Uno de los casos más famosos de la incompatibilidad entre ideología y ciencia, con consecuencias prácticas desastrosas, fue el del «científico» y «biólogo» comunista Lyssenko, sabio oficialmente entronizado por el partido comunista soviético y jaleado como egregio investigador por los comunistas de acá, que no tenían la fortuna de vivir en el paraíso de allá. Su antimendelismo, su rechazo de la genética, considerándola una ciencia burguesa a la que oponía la ciencia proletaria, es decir, sus prejuicios ideológicos, obedecía a que tales descubrimientos eran contrarios al materialismo dialéctico; es decir, no era «científico» admitir que Engels estuviera equivocado. Los desastres agrícolas reiterados y el hambre del pueblo ruso durante muchos años fueron las consecuencias de la ceguera ideológica (6). Hoy ideología y ciencia, se enfrentan, por ejemplo, en las cuestiones relacionadas con lo que se denomina bioética.

También ideología e historia, es decir, conocimiento científico del pasado, son incompatibles. En la investigación histórica la ideología conduce, tanto a la potenciación de cuestiones que confirmen o resulten acordes con la ideología del historiador —en perjuicio y detrimento de otros problemas que la desmentirían o pondrían en peligro—, como a la justificación de una situación social o política actual o a su prefiguración y anticipación o, incluso, al cambio futuro, social o político, que esa ideología pretende. La ideología presupone la conclusión, y «fuerza» la investigación para que quede «demostrada» (7).

De ahí que la historia, una vez alcanzado un cierto grado de conocimiento amplio y profundo, ofrezca pocas variaciones en su núcleo esencial; por el contrario, existen tantas «historias» diferentes como ideologías, partidismos o intereses, conforme a los cuales se han escrito, siempre ajenas a lo puramente científico, es decir al conocimiento demostrable; y es que la historia no se fabrica sino que se descubre. En otro caso tendremos leyenda —ya sea negra o rosa—, ficción, mito o propaganda, conjunta o separadamente, pero nunca historia. Podremos fabricar leyendas o intentar construir mitos, pero falsearemos la historia. Así, todavía pervive, desde mediados del siglo XVI, la *leyenda negra* antiespañola, periódicamente revitalizada (8), últimamente con

(6) Cfr. J. MEDVEDEV, *Grandeur et chute de Lyssenko* (prólogo de J. Monod), Gallimard, Paris, 1970.

(7) Cfr. E. CANTERO, «Una interpretación falsa de la Iglesia en la España del siglo XIX», *Verbo*, núms. 197-198, julio-agosto-septiembre 1981, págs. 895-912.

(8) Cfr. Julián JUDERÍAS, *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, (1914), Editora Nacional, («Preliminares» de José María de Areilza), 16.ª ed., Madrid, 1974; Philip Wayne POWELL, *Árbol de odio*, Iris de Paz, Madrid, 1991; Ricardo GARCÍA CARCEL, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Alianza

motivo de la celebración del quinto centenario del descubrimiento (9).

La distorsión ideológica es gravemente perjudicial respecto a *qué* de la historia, aunque donde normalmente se verifica la metamorfosis, no es tanto en la falsificación de los hechos, cuanto en su ocultación o en su minimización pasando sobre ellos como sobre ascuas, o considerándolos irrelevantes cuando no lo son; por ejemplo, es desinformador, decir simplemente que Calvo Sotelo, Maeztu y Pradera «morirán al principio de la guerra» civil española (10), cuando los tres no murieron simplemente, sino que fueron asesinados; y lo fueron por representantes legales de un Gobierno que decía de sí mismo que era legítimo, o con su complicidad.

Sin embargo, los efectos nocivos de la ideología en la historia se acrecientan cuando se trata del *porqué* de la historia. Al indagar y mostrar las razones de los hechos, la ideología no sólo aparece en la explicación o en la interpretación, sino que incluso los hechos verdaderos, ciertos, se acomodan a la interpretación para ser compatibles con la ideología, o simplemente, para dar razón de ella, para justificarla. Así, en ocasiones sabremos lo que ocurrió, pero desconoceremos por qué sucedieron tales hechos o se les atribuirán causas o consecuencias erróneas al ser engañados por la ideología.

Así, con la ideología o con la admisión de métodos cuya pretendida aptitud depende del respeto de la ideología de la que proceden —especialmente la idealista y la marxista—, la historia deja de ser conocimiento del pasado que fue, para convertirse, más que en *recreación* del pasado, en auténtica *creación* de un pasado que nunca existió, en orden a la configuración del presente y del futuro. Así, el presente o el futuro deseado, encontrarán en esa forma de escribir la historia, razones y argumentos que los avalen, es decir, un principio de legitimidad, que aunque immanente, se pretende ancestral, probado y eficaz.

Entiéndase bien, no se rechaza que el conocimiento histórico tenga proyección hacia la actualidad, e, incluso, hacia el futuro; todo lo contrario, pues la consecuencia práctica de la historia es descubrir los aciertos y equivocaciones que tuvieron nuestros antepasados, para intentar evitar errores similares o descubrir

Universidad, Madrid, 1992; también es útil, Carmen IGLESIAS, «España desde fuera», en VV. AA.: *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1997, págs. 377-428.

(9) Entre otras obras, ANTONIO CAPONNETTO, *Hispanidad y leyendas negras. La ideología de la liberación y la historia de América*, Cruzamante, Buenos Aires, 1989.

(10) RAÚL MURRO, *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Alianza Universidad, Madrid, 1985, pág. 59.

soluciones ya probadas con éxito y así, procurar mejorar el presente e intentar asegurar o prever un futuro próximo mejor: tal es en definitiva la consideración de la historia como *magistra vitae* (11). Pero ese aspecto práctico no puede ser más que consecuencia de la verdad histórica, que constituye el verdadero objeto del historiador. Nada puede haber preconcebido ni nada hay que probar por anticipado. La elaboración histórica con presupuestos ideológicos la incapacita para ser maestra de la vida, pues al hacerla decir lo que no fue, es imposible descubrir aciertos y errores, y, por tanto, es inútil, cuando no contraproducente, como maestra, además de falsa en cuanto conocimiento. Con todo, no hay que confundir la ideología aplicada a la Historia con el conocimiento defectuoso o con la ignorancia (12).

Por otra parte, aunque el objeto del historiador sean los hechos pasados con suficiente relevancia para una comunidad o para la humanidad entera, intentando delimitarlos de modo que expresen la verdad de lo ocurrido, la finalidad de la historia no puede limitarse a un mero ejercicio intelectual, al puro conocimiento de lo que pasó. De ser así, no pasaría de ser un mero entretenimiento tanto para el historiador como para el lector, aunque el respectivo disfrute sea de naturaleza diferente. En cierto modo, constituiría un conocimiento inútil. Además de saber lo que pasó, hay que saber por qué ocurrió; y hay que saber, también, si lo que ocurrió fue no sólo útil o perjudicial, sino, además, bueno o malo. Es decir, para que la historia cumpla su cometido de maestra de la vida, no hay que mirar hacia atrás para repetir un modelo ancestral, probablemente mítico o mitificado, reputado valioso por antiguo y por haber existido, sino que se requiere un criterio valorativo capaz de discernir en lo pasado, lo bueno y lo malo, lo que hay que conservar o recuperar y lo que no hay que repetir o hay que rechazar.

Sin embargo, el criterio valorativo no hay que confundirlo con la ideología, pues son cosas diferentes. Así, sin ideologías se puede coincidir en los hechos, aunque se discuta sobre su enjuiciamiento y valoración, si se discrepa en el criterio valorativo.

(11) Sobre la finalidad de la historia y sus funciones secundarias, puede verse, J. F. GARRALDA ARIZCUN, «Concepto y metodología de la ciencia histórica, I» y «Concepto y metodología de la ciencia histórica, II», *Verbo*, núms. 305-306 y núms. 307-308, mayo-junio-julio y agosto-septiembre-octubre 1992, págs. 675-713 y 919-954, respectivamente.

(12) Un ejemplo de las diversas actitudes provocadas por la ideología, el conocimiento defectuoso, los intereses de partido y hasta por la ignorancia, respecto a un personaje determinado, puede verse en el capítulo «Capmany visto por los otros» de la obra de FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA y E. CANTERO, *Antonio de Capmany (1742-1815). Pensamiento, obra histórica, política y jurídica*, Fundación Elías de Tejada, Madrid, 1993, págs. 353-396.

Así, por ejemplo, es ideológica, y por ende falsa, la historia cuando dice que los conventos que ardieron en Madrid en mayo de 1931 fueron quemados por sus propios frailes para excitar los ánimos contra las izquierdas, o cuando se vela su autoría como si fuera un misterio historiográfico impenetrable (13). El criterio valorativo será diferente cuando, admitida la verdad histórica de su quema por militantes de izquierda, se diga que estuvo mal por atender a las libertades más elementales de los católicos o que estuvo bien porque había que liberar a los hombres del poder de la Iglesia. Este último juicio puede obedecer, bien a la ideología, bien a un criterio valorativo erróneo.

El criterio valorativo no puede ser confundido con una mera opinión, pues ésta versa sobre lo cuestionable. Y en historia la interpretación de los hechos, su valoración y enjuiciamiento atañe en ocasiones, es cierto, a cosas cuestionables, pero en otras muchas, a cosas que, por su propia naturaleza, no admiten ser cuestionadas. Así, es cuestionable, y por tanto es opinable, por lo que caben distintas valoraciones, sobre si fue o no acertado, útil o bueno la armada invencible o los convoyes atlánticos. En cambio, no admite discusión que la esclavitud es un mal en sí, aunque en determinados tiempos haya sido un mal menor. Por eso, el juicio sobre las sociedades que practicaron la esclavitud, en esta cuestión, ha de ser siempre negativo, aunque el reproche pueda admitir graduaciones.

Naturalmente, la afirmación anterior implica que el criterio valorativo se asienta en principios. A falta de principios no hay más que el escepticismo o el relativismo. Pero tanto el uno como el otro hacen inútil la historia como conocimiento práctico; el primero impide obtener conclusión alguna acerca de lo acertado o lo erróneo de ningún hecho; el segundo permite justificar o condenar cualquier hecho, con lo que al permitir que sea válida cualquier conclusión imposibilita obtener una conclusión correcta y válida. Tanto en uno como en otro caso, es imposible sacar ninguna enseñanza práctica de lo que hicieron nuestros antecesores. La historia, por sí misma, no es juez de nada, al

(13) (...) el 11 de marzo, se produjo la célebre "quema de conventos" en Madrid, seguida de acciones similares en otros lugares de España. Aunque la causa inmediata de "la quema" fue la réplica por una celebración monárquica considerada como provocadora, lo cierto es que la reacción fue mucho más allá de lo imaginable. Se ha especulado mucho sobre cuál pudo ser el verdadero foco de decisión de tales actos, que marcaron el primer incidente violento de la República y el comienzo de unas relaciones borrascosas entre Iglesia y Estado. Se hizo recaer la culpa sobre los anarcosindicalistas, la masonería e incluso sobre agitadores monárquicos o de la propia Iglesia, o de alguna orden religiosa. Tal vez el misterio no se desvelará nunca, Ramón TAMAMES, *La República. La Era de Franco*, Alianza Universidad, Madrid, 8.ª ed., 1980, pág. 165.

carecer de criterios valorativos, ya que los hechos no expresan ningún espíritu inapelable, ni siquiera el del pueblo, como pretendió cierto historicismo. El criterio valorativo no puede ser de utilidad, sino de moralidad, único capaz de apreciar el bien por encima de lo útil. Por eso, se precisa acudir a la metafísica y a normas morales universales e inmutables. De ahí que el mejor y superior criterio valorativo lo proporcione la ley de Cristo, la religión católica.

El criterio valorativo ha sido y es muy diverso según los historiadores. Con todo, este criterio deja de serlo cuando, admitidos los hechos tal como ocurrieron, se los valora desde la ideología. Así, ocurre, por ejemplo, cuando siendo imposible ya afirmar que el partido comunista soviético constituía la avanzada del proletariado, sin embargo se continuaba justificando a la nueva clase afirmando que proporcionaba más libertades y mejor nivel de vida a los obreros que el mundo capitalista. Y es que, pese al fracaso del socialismo real, sigue vigente la mentalidad revolucionaria (14).

Los principios son proposiciones verdaderas originarias capaces de engendrar razonamientos correctos e inconcusos. Por eso hay pocos principios y cuando más nos alejamos en nuestros razonamientos de esas verdades, más nos alejamos del terreno de las certezas para acercarnos al campo de lo probable y hasta de lo meramente opinable.

Ciertamente, hay enjuiciamientos y valoraciones diferentes porque parten de «principios» distintos. Pero, en propiedad, los principios no pueden ser diferentes. Ocurre que hay «principios erróneos», es decir, errores o falsedades que se toman como principios, o «principios» no tan principales que se toman como los primeros y más trascendentales con olvido o en substitución de aquéllos. En ocasiones la profesión de estos «principios» coincide con un pensamiento ideológico. Así ocurre con el nacionalismo exacerbado, que pone a la propia nación por encima de cualquier otra realidad, siendo legítimo conseguir su mayor bien aun a costa de otras naciones; o con el racismo que pretende potenciar —más que a una raza, a un pueblo que presuntamente representa a una raza— a costa de cualquier cosa. Entonces, se intenta ir río arriba, en una navegación preestablecida, para hacer decir a las fuentes que se tiene razón, aunque sea a base de falsearlas.

Son innumerables las distorsiones de la historia por la ideología. Uno de los más claros ejemplos de la invalidación de la

(14) Cfr. el excelente libro de Luis María SANDOVAL, *Cuando se rasga el telón. Ascenso y caída del socialismo real*, Speiro, Madrid, 1992, y muy especialmente su reflexión final «las lecciones de la Historia» (págs. 263-271).

historia por la ideología lo constituye la Revolución francesa (15). Quizá porque, en cierto modo, durante todo el siglo XIX y todavía en el siglo XX, no se había cerrado el proceso revolucionario y sus consecuencias, ni sus instituciones y leyes podían considerarse definitivas, ni la crisis abierta en 1789 se había cerrado, pues durante más de 150 años se enfrentaron en la convivencia y en la política diaria Revolución y Contrarrevolución (16); por otra parte, la escuela marxista tenía que probar la realidad histórica de la lucha de clases y configurar el futuro de la dictadura del proletariado, de tal forma que el resultado tenía que ser que la Revolución francesa anticipaba la revolución de octubre; incluso, en cierto modo, para algunos, la revolución bolchevique y la Unión Soviética que la siguió, constituía el espejo en el que ver reflejada la Revolución francesa; así, contra todo sentido, se pretendía buscar —y encontrar— las causas históricas río abajo.

Revolucionarios y contrarrevolucionarios, tradicionales, liberales más o menos conservadores, legitimistas, orleanistas, bonapartistas, republicanos conservadores o radicales, nacionalistas, socialistas o marxistas, amén de escuelas historiográficas diversas, pertenecieran o no a los ámbitos académicos o universitarios, durante dos siglos han escrito muy diversas historias de la Revolución.

Otro caso similar ha sido el italiano. En Italia, primero las *insorgenze* (17), es decir, las oposiciones y los enfrentamientos armados a los ejércitos de la Revolución y de Napoleón; luego el *Risorgimento* (18) con el establecimiento del «estado unitario», han sido objeto de muy diversas historias y de muy diferentes interpretaciones históricas, que, aunque con matices dentro de cada corriente, y con ciertos elementos comunes a algunas de

(15) Entre otras, cfr. Eberhard SCHMITT, *Introducción a la historia de la Revolución francesa*, Cátedra, Madrid, 1985.

(16) Cfr. E. CANTERO, «La Revolución francesa vista por Maumas», *Aportes*, núm. 12, noviembre 1989-febrero 1990, págs. 63-68.

(17) Entre otras obras recientes, cfr. Oscar SANGUINETTI (Dir.), *Insorgenze antigiacobine in Italia (1796-1799). Saggi per un bicentenario*, Istituto per la Storia delle Insorgenze, Milán, 2001; Francesco PAPPALARDO y O. SANGUINETTI, *Insorgenti e sanfedisti: dalla parte del popolo. Storia e ragioni delle Insorgenze anti-napoleoniche in Italia*, Tekna, Potenza, 2000.

(18) Entre otras obras recientes, cfr. Massimo VIGHIONE, (Dir.), *La Rivoluzione Italiana. Storia critica del Risorgimento*, Il Minotauro, Roma, 2001; Angela PELLICCIARI, *L'altro Risorgimento. Una guerra di religione dimenticata*, Piemme, Casale Monferrato (Alejandría), 2000; A. PELLICCIARI, *Risorgimento da riscrivere. Liberali e massoni contro la Chiesa*, (prólogo de Rocco BUTIGLIONE y epílogo de Franco CARDINI), Edizioni Ares, Milán, 1998; VV. AA., *La storia proibita. Quando i Piemontesi invasero il Sud*, Controcorrente, Nápoles, 2001; F. PAPPALARDO, *Il mito di Garibaldi*, Piemme, Casale Monferrato, 2002.

ellas, pueden sintetizarse en cuatro: la que cabe llamar contrarrevolucionaria —o tradicional, no porque constituya la más común, sino porque valora y pondera en su realidad, los modos de vida, las costumbres, las creencias y los motivos que impulsaron a unos y a otros—; la liberal, conservadora o no, propia de quienes pretendieron justificar la unificación liberal italiana; la fascista o nacional, la marxista y hasta, incluso, una quinta democrata cristiana. Hoy, intenta abrirse paso, como ocurrió con la Revolución francesa (19), una corriente investigadora independiente (20), sin apriorismos ideológicos, para restablecer la verdad de lo acontecido: Una ocupación militar francesa violenta, conseguida por la fuerza de las armas, que exportó e impuso las ideas e instituciones de la Revolución, con la colaboración de grupos reducidos de jacobinos italianos —equivalente de nuestros afrancesados—; una efímera restauración y una posterior agresión del reino de Saboya al resto de los estados italianos —y no extranjeros—, que combatió a sus compatriotas que presumía liberar. Invasión extranjera y guerra civil con remoción de las estructuras políticas, sociales, económicas y religiosas y supresión de modos de vida, para la implantación forzosa de una unidad sin pluralidad y de una centralización a costa de las libertades, pues se trataba de crear, por imperativo de una minoría liberal, una nueva identidad italiana (21); por ello, cabe calificar al *Risorgimento* de «hecho ideológico» anticatólico (22). No habían faltado las fuentes, pero las corrientes historiográficas más «acreditadas» habían fallado. El peso de la ideología, sobre todo, y de los métodos inadecuados eran los responsables. Así, la ideología recreaba una memoria histórica inexistente (23).

Finalmente, en España, está en el orden del día la denuncia de la falsificación histórica de la guerra civil española (24) —efectuada, especialmente y de modo muy generalizado, durante los

(19) Cfr. E. CANTERO, «La Revolución francesa: Recapitulación historiográfica», *Aportes*, núm. 12, noviembre 1989-febrero 1990, págs. 20-29.

(20) Cfr. E. CANTERO, «La contrarrevolución en Italia y la identidad italiana y europea», *Verbo*, núms. 377-378, agosto-septiembre-octubre 1999, págs. 701-717.

(21) Cfr. Giovanni TURCO, «Risorgimento, unità italiana e nazione europea», *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, año VII, 2001, págs. 87-105.

(22) Cfr. Danilo CASTELLANO, «El *Risorgimento*: Interpretaciones y problemas», *Verbo*, núms. 313-314, marzo-abril-mayo 1993, págs. 333-341.

(23) Puede verse sobre la cuestión, Guido VERNA, «Memoria. Insorgenza, identità. Una riflessione *sine tra et studio*», *Annali Italiani. Rivista di studi storici*, núm. 2, julio-diciembre 2002, págs. 155-176.

(24) Cfr. E. CANTERO, «Las causas del alzamiento», *Verbo*, núms. 351-352, enero-febrero 1997, págs. 29-46; «Los católicos y la adhesión a la República. El equívoco de un pretendido *ralliement* español», *Iglesia-Mundo*, núms. 323-324, julio 1986, págs. 12-16.

últimos veinticinco o treinta años—, por obra de un autor que, en estos tiempos de «corrección», tiene a su favor el regresar desde la otra orilla. Se trata de los múltiples trabajos de Pío Moa (25), desde luego, francamente meritorios, que en lo que tienen de novedoso, por acceso a nuevos materiales, en general han confirmado lo que otros estudios anteriores habían dicho, pero no fueron oídos o no lo fueron suficientemente —típico, entre otros muchos, la pervivencia de la leyenda antialcázar— (26), especialmente debido al surgimiento de una nueva clase profesoral, imbuida de mentalidad marxista y de prejuicios, y a una nueva clase de profesionales de los medios a los que, salvo excepciones, espanta el que se les pudiera reprochar cualquier veleidad hacia la derecha (27).

Ideología e historia, incompatibles, pues, en sí mismas; hay, sin embargo, indicios de una renovación en los estudios históricos que, si no excluirá totalmente a la ideología, al menos permitirá a algunas personas de las nuevas generaciones saber algo de su pasado nacional que, hasta ahora, generalmente se les había velado. Con ello será menos complicado situarse en el presente y comportarse con cierta coherencia en el futuro.

Y con tal renovación, es de esperar que surjan expuestos en la narración los verdaderos principios del conocimiento, pero también de la convivencia humana y, con ellos, el hecho fecundo y bienhechor de la religión católica y de la Iglesia, pues no ha habido hecho más trascendente, documentado históricamente, que la Encarnación, Muerte y Resurrección de Jesucristo, «camino, verdad y vida», con cuyo criterio podremos juzgar la historia sin temor a equivocarnos. Al mismo tiempo debería resurgir con claridad que la Iglesia y la doctrina católica configuraron Europa, la Cristiandad, y las naciones europeas hasta la modernidad —en Italia hasta antes de ayer y en España hasta ayer, como quien dice—; y que el mundo occidental, en lo que todavía tiene de valioso, lo debe a esa herencia.

(25) Así, entre otras, Pío MOA, *Los orígenes de la guerra civil española*, Encuentro, Madrid, 1999; *Los personajes de la República vistos por ellos mismos*, Encuentro, Madrid, 2000; y el último de ellos, *Los mitos de la guerra civil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2.ª ed., 2003.

(26) Cfr. Alfonso BULLÓN DE MENDOZA y Luis E. TOCORES, *El Alcázar de Toledo: final de una polémica*, Editorial Actas, Madrid, 1997.

(27) Al escribir estas líneas, 15 de marzo de 2003, en la 1.ª cadena de la televisión pública, un reportaje conmemorativo (!) de las «Brigadas internacionales», sin rubor, pregona que vinieron a España a sembrar la semilla de la libertad. ¿Qué dejan para la propaganda hecha por los stalinistas?